

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO OBRERO EN EUROPA Y AMÉRICA DURANTE EL SIGLO XIX.

CAPÍTULO IV. *

REVOLUCION FRANCESA.—Tercer periodo: 1848.—Revolucion de Febrero de 1848.—Sistemas socialistas de Luis Blanc, Pedro J. Proudhon y Pedro Leroux.

La República.—El socialismo en el poder.—Complicaciones.—Organizacion del trabajo.—Talleres nacionales.—Resultados funestos.—Reaccion y revolucion.

Uno de los sistemas socialistas más identificados con el comunismo y que más influencia ejercieron en la revolucion de Febrero de 1848, fué el de Luis Blanc, cuya completa exposicion de ideas se encuentra mejor que en ninguna otra obra en la que lleva por título *Organizacion del trabajo*. Severo moralista en su crítica sentimental sobre los vicios y crímenes, sobre las miserias é injusticias en que se asienta la sociedad, limitase en el principio de su libro á comentar y sostener las doctrinas de Rousseau y Montaigne, haciendo responsable á la sociedad y á sus viciosas instituciones de los actos malos ó buenos del hombre. Para el ilustre publicista que ahora nos ocupa, todos los vicios de la sociedad y todos los crímenes de los hombres reconocen una sola y misma causa: la miseria, que á su vez es resultado fatal é inevitable de la concurrencia, á la cual combate con parcialidad notoria, no en sus abusos, sino como principio económico. Y siendo la concurrencia una de las manifestaciones principales del individualismo, ó lo que es lo mismo, de la propiedad individual, á ésta en concepto suyo se debe condenar y suprimir con preferencia á todo. Los argumentos de los conjurados del Panteon bajo Babeuf, son desenvueltos aquí con tanto atrevimiento como elegancia. El fondo de la doctrina, aunque cubierto de ideas algo confusas y con palabras que no expresan de un modo terminante y verdadero el pensamiento del autor, es igualitario y comunista. ¿No significa realmente este sentido «que el gobierno debe ser el regulador supremo de la produccion y ha de hallarse investido para realizar esta mision de la mayor suma de fuerzas?» ¿No es igualitario y comunista el sistema que pide al gobierno «se levante un empréstito para atender á la creacion de talleres sociales de las secciones más importantes de la industria nacional, que el Estado sub-

vencione á esos talleres con un capital que no devengue interés alguno, y que se rija cada taller por reglamentos que tengan carácter y fuerza de ley?»

El fin superior de estos pensamientos económicos es destruir la concurrencia individual por la concurrencia social garantizada por el Estado; error profundo y trascendental que de ser practicable habria de concluir por la absorcion de toda industria privada y todo trabajo particular, y por el establecimiento de un humillante despotismo. De la formacion de talleres nacionales de una misma industria, de la asociacion de todos ellos entre sí, y de la solidaridad entre las diversas industrias, resultaria organizado el trabajo, bajo la dependencia, vigilancia y proteccion del gobierno, al que considera Luis Blanc como el taller central, y aquellos sus sucursales, con facultades para nombrar por eleccion los jefes y administradores de los trabajos de su respectivo taller. Respecto de la agricultura, dice el eminente socialista que debe someterse al mismo régimen; y como está universalmente reconocido el abuso de las herencias ó sucesiones colaterales, deben éstas ser abolidas, convirtiéndolas inmediatamente en propiedades comunales é inalienables. La grave cuestion de salarios se resuelve en este sistema al principio por la igualdad, luego por una fórmula nueva que su autor dice ha de ser una de las leyes que regirá la sociedad definitiva: *á cada trabajador segun sus fuerzas y necesidades*, es decir, la igualdad proporcional, reemplazando la distribucion en productos naturales al salario en dinero.

Réstanos mencionar, que en su *organizacion del trabajo*, Luis Blanc se declara partidario de la herencia directa y de la familia, aquella como una institucion transitoria, modificable en tiempos no lejanos, ésta como institucion permanente. Interrogado por sus adversarios que le echaban en cara estas inconsecuencias, contesta: «Es la familia un hecho natural é imposible de destruir, en tanto que la herencia es una convencion social que los progresos humanos pueden hacer que desaparezca. La familia viene de Dios, la herencia de los hombres. La familia es como Dios, santa é inmortal; la herencia está destinada á seguir la misma pendiente que las sociedades y los hombres: aquellas se transforman; estos mueren.»

Tales ideas hicieron millares de prosélitos entre los trabajadores de Francia. Por otra parte, el espíritu político de Luis Blanc, favorable á una revolucion que destruyese la monarquía y fundase la república democrática y social sobre la base sagrada del trabajo, se

* Véanse los números 19, 20, 22 y 24, páginas 17, 33, 97 y 170.

abrió paso entre una parte, la inferior, de la clase media y en la totalidad del cuarto Estado, que veían en aquel un reformista capaz por su entendimiento, energía, actividad y entusiasmo de realizar un día en el poder sus planes y proyectos de la oposición.

Pasemos ahora al apóstol de la doctrina mutualista.

P. J. Proudhon, pensador profundo, gran crítico, de instrucción enciclopédica, de fecundísima pluma, dialéctico hegeliano, ha sido el hombre que en este siglo quizá más ha trabajado por el descrédito de las viejas doctrinas económicas, demostrando al paso la ineficacia é impotencia de los remedios indicados por las escuelas socialistas para el buen éxito de la emancipación del proletariado. Impelido irresistiblemente hácia la contradicción y la paradoja, ninguno como él entre los escritores modernos ha desordenado más las inteligencias de los obreros ni contribuido tanto á trastornar por completo el orden actual. ¡Que de lamentar es no edificar tanto como ha pretendido destruir!

Hijo de padres muy pobres, apenas si en sus primeros años pudo comprar libros que entretuviesen su precoz inteligencia, limitándose á concurrir diariamente á la biblioteca de Besanzon, su país natal. Cuéntase de él que no tuvo que comer el día en que presentó al Instituto uno de sus primeros trabajos, *Investigaciones sobre las categorías gramaticales y sobre algunos orígenes de la lengua francesa*; obra premiada con mención honorífica. Poco tiempo después, la Academia de Besanzon le confirió el premio *Suard*, que estaba pensionado con una renta de 1.500 francos, lo suficiente al modesto Proudhon para dedicarse algunos meses con más tranquilidad á sus estudios favoritos. Su discurso sobre la *utilidad de la celebración del domingo*, justificó á la Academia de que el agraciado reunía felices disposiciones para la carrera de las letras ó las ciencias, según mandato expreso de Mr. Suard, fundador del beneficio. Este discurso obtuvo de la citada corporación una mención honorífica, y su autor recibió la medalla en sesión pública y solemne, á pesar de sus ideas atrevidas sobre política práctica y organización social, opuestas enteramente á las que profesaban los individuos de la Academia. Cansado ya Proudhon de que estos se constituyeran en tutores de su pensamiento y censores de sus trabajos literarios y científicos, se marchó á París lleno de esperanzas, pero sin recurso alguno material. Y aquí, en medio de las mayores privaciones, luchando desesperadamente con la desgracia, viviendo muchos días en la miseria, escribió su primera memoria *¿Qué es la propiedad? Un robo: ó Teoría de la igualdad política, civil é industrial*, «en estilo rudo y áspero, haciéndose notar demasiado la ironía y la cólera. Esto es un mal irremediable: cuando el león tiene hambre, ruge (1)...»

Esta primera Memoria sobre la propiedad apareció en Junio de 1840, y contra los cálculos del autor, fundados principalmente en su título alarmante, casi pasó desapercibida para el público, hasta que el socialista Luis Blanc y el economista Blanqui hicieron de ella una notable crítica, el primero en su *Revista del Progreso*, el segundo, á nombre de la Academia de Ciencias morales y políticas, en el *Monitor*. Orgulloso Proudhon de la originalidad de su definición de la propiedad, llegó hasta asegurar que en mil años no se habían dicho tales palabras, para él más preciosas que los millones de Rothschild, ignorando ú olvidando que ya antes Brissot afirmó *que la propiedad esclusiva es un robo á la naturaleza; de consiguiente que el propietario es un ladrón*. Más lógico en los detalles que en el conjunto, en los principios que en las consecuencias, con muchas digresiones y sobrado dogmatismo, escribió Proudhon esta Memoria, en la que describe la sociedad moderna, fundada en la soberanía, la desigualdad, la propiedad. Sobre estos principios pone la justicia, ley general y primitiva de toda sociedad, y pregunta: ¿son justas la soberanía, por otro nombre despotismo, sea de uno, de muchos ó de todos, y la desigualdad? ¿Es justa la propiedad, consecuencia necesaria de aquellas? Claro es que sus contestaciones han de ser negativas, toda vez que para él la justicia consiste en la igualdad, y ésta, añade, es opuesta de un modo absoluto á la propiedad. A vuelta de disertar sobre las leyes generales del pensamiento humano, de las categorías de Aristóteles y Kant, de las leyes que rigen el universo, de las religiones paganas y cristianas, de las revoluciones antiguas y modernas, todo esto desenvuelto hábilmente en un estilo confuso y embrollado para la mayor parte de sus lectores, Proudhon llega á sostener que aún después de haber recibido su salario, el trabajador tiene un derecho natural de propiedad sobre la cosa que ha producido, sirviéndole de argumento principal la fuerza inmensa que resulta de la unión y armonía de doscientos obreros, por ejemplo; fuerza que el empresario ó capitalista no paga, y que es superior en sus productos á la de un trabajador que emplease para el mismo resultado doscientos días. Su opinión de que debe ser igual la remuneración de todos los trabajos de la misma duración, se funda en esta teoría: «que en una sociedad cuyos miembros reúnen sus fuerzas en común, la justicia exige que la igualdad presida á la repartición de los productos.»

El resto de la primera Memoria sobre la propiedad es una defensa de que la justicia distributiva consiste en la igualdad; que la propiedad no es anterior ni contemporánea de la idea de justicia, sino posterior y subordinada á ésta; que la propiedad no sólo es in-

(1) Así decía Proudhon de su trabajo en una carta fechada en París á 12 de Febrero de 1840, y dirigida á un íntimo amigo, Paul Ackermann,

gramático y literato distinguido. (*Sainte-Beuve, de la Academia francesa: Proudhon, su vida y correspondencia.*)

justa, es también imposible; que la nueva forma social debe distar tanto de la propiedad como del comunismo; que así como en el orden intelectual el espíritu humano formula primero una idea positiva, luego su contraria negativa, y por último busca la verdad en una intermedia y conciliadora entre las dos, así en el orden de las ideas sociales, la propiedad es la tesis, el comunismo es la antítesis, la libertad es la síntesis: de aquí que la *posesion* deba sustituir á la *apropiacion*. No tiene aquella los inconvenientes de la comunidad, porque es de un carácter individual, ni los de la propiedad, porque excluye el interés de los capitales ó la usura, origen de rapiñas y *brigandajes* propietarios. En resumen, desde sus primeras obras pide Proudhon la particion igual de bienes y que cada uno posea los instrumentos de trabajo hasta su muerte, en cuyo caso deben volver á la masa comun de trabajadores para un nuevo reparto.

A Proudhon eran indiferentes las formas de gobierno; le parecían tan injustas y absurdas la monarquía absoluta, la constitucional y la popular ó democrática, como la república. Se declaró *anarquista* con la misma franqueza y energía que llamó robo á la propiedad y ladron al propietario.

Posesion, igualdad, anarquía: he aquí la fórmula proudhoniana en sustitucion de la propiedad, desigualdad y soberanía, principios fundamentales de la sociedad actual. ¿Es la posesion un derecho alienable ó inalienable? ¿Puede existir la igualdad de fortunas si el hombre tiene libertad de trabajar, recibe integro el producto de su trabajo, y de él goza segun su capacidad y sus obras? ¿Cabe la anarquía en las condiciones y facultades físicas, intelectuales y morales del hombre? No desenvuelve el autor sus ideas de un modo claro y terminante sobre cada una de estas cuestiones, al ménos en la obra que nos ocupa; por el contrario, unas declaraciones sobre hechos históricos, vagas y oscuras, lucubraciones embrolladas y confusas sobre principios de derecho, y disertaciones metafísicas que son bien ajenas de los temas presentados á la discusion pública, le sirven como de comienzo á la obra de demolicion que habia jurado llevar á cabo.

Agradecido Proudhon al economista Blanqui por la crítica de su primera Memoria, le dedicó la segunda en Abril de 1841; la tercera vió la luz pública en Enero de 1842 con el título de *Carta á M. Victor Considerant, ó advertencias á los propietarios*. Dió lugar ésta á una polémica injuriosa entre el autor y el diario *El Nacional*, sobre la que se entabló un proceso ruidoso. El jurado absolvió á Proudhon. Desde entonces, y viéndose tan combatido por los propietarios como por los republicanos, por los economistas como por los demócratas, se dedicó con febril actividad á concluir y arreglar su obra *De la creacion del orden en la humanidad*. Los tres libros que aca-

bamos de mencionar aparecieron en un estilo más templado, suave y moderado, aunque en el fondo idénticos al primero sobre la propiedad. El último hizo creer á muchos que estableceria las bases de un nuevo orden social, á juzgar por el título, pero pronto se convencieron de su error al ver que dominaba en él la misma furia negativa de la religion, la historia, la filosofia, la economía, sin edificar ni construir nada nuevo y provechoso.

Por algun tiempo aseguró Proudhon su subsistencia mediante un empleo de confianza que espontáneamente le confrieron los hermanos Gauthier, ricos comerciantes y empresarios de trasportes en Mulhouse y Lyon; pero su espíritu altivo é independiente no le consintió más vivir subordinado á la direccion de los jefes de la casa, y volvióse á Paris, donde ya más conocido y apreciado por literatos y editores, afirmó definitivamente su reputacion científica. A esto contribuyó en primer término la publicacion de la obra fundamental de sus ideas: *Sistema de las contradicciones económicas ó Filosofia de la miseria*, en la cual desenvuelve extensamente las grandes cuestiones que agitan de un lado la economía política, de otro el socialismo, con más claro y superior sentimiento del derecho y más profunda habilidad en la exposicion y crítica de la propiedad, de las teorías sobre la organizacion del trabajo, del derecho al trabajo, del comunismo sansimoniano y fourierista, del derecho á la asistencia, de los partidos democráticos y republicanos, de los gobiernos y la sociedad.

«Se encuentra ésta, dice, en su origen dividida en dos grandes partidos, uno tradicional, gerárquico, autoritario, filosófico ó religioso, realista ó demócrata; otro que, resucitando en cada crisis de la civilizacion, se proclama ante todo anárquico y ateo, y que es refractario á toda autoridad divina y humana. Allí están la propiedad ó la economía política; aquí la utopia ó el socialismo.» Para Proudhon la economía política no es aún la ciencia, aunque contiene sus elementos, y el socialismo no encierra hasta hoy otro valor que el negativo y crítico de la economía política. Una y otro son ridículos y absurdos cuanto pretenden levantar el edificio social sobre las bases de libertad y justicia. ¡Caso raro! De seguro que no hay autor como Proudhon que combata con tanta dureza y tanto desprecio al socialismo! He aquí el motivo de sus esfuerzos en separar su causa y doctrina de la causa y doctrina de los socialistas, para lo que no ha perdonado medio ni sacrificio alguno, desde la opinion razonada y científica en el libro, hasta la censura irónica y sarcástica en el periódico. Así se explica bien el odio que le profesaron los partidarios de San Simon y Fourier, como los amigos de Luis Blanc, como todos los que querian reemplazar ó sustituir la actividad y la iniciativa del individuo por la accion colectiva de la sociedad ó la intervencion directa ó inmediata del Es-

tado en la distribución del capital y del crédito y en la organización del trabajo. Odio que aumentaba á medida que Proudhon persistía en su hostilidad á los republicanos socialistas.

En las *contradicciones económicas* aparece Proudhon con pretensiones de reorganizador, pero sin cesar un instante en la misión de demoleedor que él mismo se impuso. Gran parte de dicha obra está destinada á defender su gran descubrimiento de la medida exacta y conocimiento preciso del valor, sin lo que no es posible garantizar el trabajo y el salario. Sostiene que la concurrencia es el medio mejor de descubrir el valor; jamás se conseguirá, añade, por instituciones comunistas, aclamaciones populares y decretos del gobierno.

Esta idea del valor se relaciona estrecha y directamente con la idea del cambio; y sabido es que el valor de un producto no consiste ni en su materia, ni en su duración, sino que resulta del acto de entregar el producto al consumidor, ó lo que es lo mismo, del momento en que el objeto ó la cosa está á disposición del que la demanda ó pide. Sin esta condición la mercancía no tiene valor, y dentro de ella se determina aproximadamente, según su rareza relativa, las dificultades de procurársela y la relación existente entre la oferta y la demanda, lo que es causa de la inestabilidad de su valor. Como esta inestabilidad es común, es decir, que afecta igualmente á todos los productos, los economistas han convenido en que no hay medida del valor. En oposición á los economistas, Proudhon se presenta á fijarle y determinarle á vuelta de disertaciones filosóficas, que embrollan más esta cuestión, para muchos insoluble, de ellas deduce el autor, no el lector, que todos los trabajos, sean cual fuere su naturaleza, deben ser remunerados igualmente; que deben someterse los productos á una tarifa general; que deben suprimirse las monedas de oro y plata, sustituyéndolas con bonos pagaderos en frutos y productos naturales, los cuales habrían de entregarse por un Banco central á los trabajadores en cambio de sus productos. Este sistema, base de los Bancos de cambio mutuo, se ha ensayado en Francia y en otros países, incluso el nuestro, sin que haya obtenido satisfactorios resultados.

Su teoría de que el Estado no tiene derecho de dar y repartir el crédito, pues que no puede recibirlo, le conduce lógicamente á condenar cuanto es obstáculo al desarrollo y desenvolvimiento de la industria libre; sus ideas sobre los impuestos progresivo y suntuario demuestran la esterilidad, impotencia é injusticia de ellos, y su tendencia reaccionaria; sus argumentos á favor de las tendencias naturales del hombre y de las aspiraciones de la mujer ponen en su terreno verdadero la libertad individual, la dignidad y moralidad de la familia, y son la condenación más fuerte y sentida del comunismo. No por esto cesa en su guerra á la

propiedad: es en esto consecuente, hasta la exageración; donde quiera que se le presenta una ocasión la aprovecha para combatirla y negarla, presentando en su lugar esta teoría: el uso de las tierras y los capitales debe ser gratuito; fuera de esto no hay más que robo y *brigandaje*. ¿Cómo, pues, se concilian estas ideas con las de la apropiación, condición indispensable de la actividad humana y del progreso social, y con las de la familia, fundamentales en la existencia de la humanidad, unas y otras ideas expuestas en la misma obra?

Tan extrañas contradicciones y otras como la división del trabajo, que es condición necesaria de la producción y causa del embrutecimiento del trabajador; la concurrencia, que es condición necesaria de un buen mercado y del progreso industrial, y causa de las crisis comerciales, bancarotas y envilecimiento del salario; la máquina, que es condición necesaria para el progreso de la industria é impulsión de trabajos violentos y repugnantes, y causa de la prolongación de horas de trabajo, de huelgas y del empobrecimiento físico, moral é intelectual del trabajador; el impuesto, que es condición necesaria para el sostenimiento de la sociedad, y causa lejana de su malestar y miseria; el monopolio, que es condición necesaria de la concurrencia y recompensa natural del productor, y causa de quiebra entre los mismos productores; la libertad, que es condición necesaria al comercio para la pronta, fácil y mejor salida de los productos, y causa del atraso y hasta de la ruina de la industria nacional; el crédito, que es la condición necesaria del apogeo y desarrollo de la producción, y causa de enriquecimiento para los capitalistas y de indigencia y miseria para los pobres: tan extrañas contradicciones, repetimos, fueron conocidas de Proudhon sin que sus adversarios las expusieran y combatieran con tanto empeño, y él mismo las explicaba mediante la teoría alemana de que el espíritu humano no progresa sino descubriendo sobre cada cuestión dos soluciones opuestas, dos leyes contradictorias, es decir, la antinomia, resolviéndose ésta en una idea elevada que constituye la verdad. Las contradicciones que no pudo ó no supo explicar las disculpó diciendo que eran variaciones, evoluciones de su espíritu.

Mejor casi que por sus libros pueden comprenderse las ideas de Proudhon por sus cartas confidenciales á los amigos más íntimos, publicadas é imparcialmente comentadas por M. Saint-Beuve en una obra que anteriormente hemos citado. De los libros y las cartas deducimos que este hombre notable tenía fija toda su atención en una sociedad futura, ideada por él, donde cada trabajador se procurara sus herramientas é instrumentos y dispusiera libremente del producto integral de su trabajo; donde quedase abolido el privilegio capitalista; donde el cambio y el crédito se organiza-

ran gratuita y recíprocamente; donde el Estado político se disolviera en sus fuerzas económicas; donde se planteara la federación comunalista; donde hubiera sociedades libres de seguros mutuos; donde los servicios públicos se desempeñaran por compañías de obreros. Proudhon, hombre honrado, coloca la familia por base del orden social, la cual debe sostenerse, dice, con el predominio del hombre, la mujer y el niño. En resumen: la bandera de la escuela proudhoniana ostenta como principios el crédito para el obrero; la tierra para el que la cultiva; cambio mutuo; servicio por servicio; producto por producto; libertad, igualdad, reciprocidad, justicia.

No son estas las obras más notables, y muchas de las ideas hasta aquí expuestas no son las ideas definitivas de Proudhon. Hay en la vida de éste dos períodos; uno anterior á la revolución de Febrero y otro que casi alcanza á hoy. Le hemos descrito en el primero; ocasión tendremos luego de juzgarle extensamente por sus escritos posteriores. Presenció con aparente calma la excitación política que servía como prólogo al drama de 1848, sin interesarse apenas por el triunfo de los republicanos. Lleváronle éstos, sin embargo, á la Asamblea Constituyente, donde por la originalidad de sus principios económicos y por su odio jamás entibiado á la propiedad y á los propietarios, recibió ataques violentos é insultos groseros de la casi totalidad de los diputados. Como hasta esa época su trabajo fuera de demolición, no tuvo muchos prosélitos en el pueblo, que tampoco le ocultaba su antipatía, en medio de la admiración que le causaban sus atrevidas negaciones.

Pedro Leroux presenta mucha analogía con Proudhon. Como éste ha publicado voluminosos escritos, donde campea una erudición profunda, pero desordenada, sobre la filosofía antigua y las religiones paganas, sobre el derecho y la historia, sobre la metafísica y la física, sobre la economía política y el socialismo. Como Proudhon establece principios contrarios é ideas opuestas, para deducir su sistema de organización social. Afiliado primeramente en la escuela de Saint-Simon, hace del periódico *El Globo* un órgano del sistema industrial; más tarde se separa de las extravagancias religiosas de *L'Enfantin*, y continúa con Bazard la doctrina del maestro, hasta que rompió definitivamente con esta escuela indignado de las impuras doctrinas de sus correligionarios acerca de la emancipación de la mujer, de la desaparición de la familia y de las funciones del Padre Supremo. Durante algunos años empleó su gran talento en artículos que publicó la *Revista Enciclopédica*, sobre la poesía moderna y el movimiento de las ideas filosóficas y religiosas. En 1838, en 1839 y 1840 levantó su ideal filosófico, político y social en tres libros, cuyos títulos son *La Igualdad*, *Refutación del Eclecticismo*, *De la Humanidad*, los cuales le acreditaron como profundo

filósofo y brillante escritor, y en concepto de algunos fanáticos por un profeta y un evangelista de la sociedad futura. Como filósofo negaba la distinción del cuerpo y alma, la personalidad humana, la razón individual; como religioso se declaró panteísta; como socialista quería el comunismo al uso sansimoniano, y como político predicaba la igualdad absoluta y la anarquía. Excesivamente apegado á las doctrinas griegas, coloca Leroux en la cúspide de su edificio religioso, filosófico, político y social el dogma de la Trinidad, ó la *Triada*.

Pasemos en alto la identidad que Leroux halla entre la filosofía y la religión, entre el hombre y la humanidad, la negación que hace de una vida futura diferente de la vida terrenal, la defensa que establece del Panteísmo y de la Trinidad, ésta como una ley general de la vida. A nosotros interesa solamente la organización social.

Bajo el punto de vista social, dice, el hombre presenta tres aspectos, propiedad, familia y patria, que responden á otros tres del hombre bajo el punto de vista psicológico, sensación, sentimiento y conocimiento; aquellos como éstos no pueden desaparecer jamás. No se concibe, pues, el ser humano sin propiedad, sin familia y sin patria, fundamentos necesarios de su comunión con sus semejantes y la naturaleza; pero hasta aquí la propiedad, la familia y la patria no han podido organizarse de manera que el hombre se desenvuelva y progresa libremente en su seno. La familia encierra al hombre en la casa desde niño; el hijo está subordinado al padre; el hombre es un *heredero*. La patria encierra al hombre en otro mayor espacio, creándole elementos hostiles, haciendo de él un *súbdito*. Hay una tercer manera de encerrar al hombre, y es dividir la tierra, ó en general los instrumentos de trabajo, sujetarle á las cosas, subordinarle á la propiedad, convertirle en un *propietario*. El origen del mal es la separación definitiva de la unidad y la comunión del hombre con sus semejantes, por otro nombre, aislamiento, individualismo, casta. Nacen de aquí la *familia-casta*, la *patria-casta*, la *propiedad-casta*, que son entera y absolutamente contrarias á la verdadera familia, á la verdadera patria y á la verdadera propiedad.

Muchos han sido los remedios indicados y empleados para combatir estos males; nada ó poco se ha conseguido. Leroux reconoce en la caridad cristiana uno de los mejores, pero que es también como otros insuficiente é imperfecto. En su lugar establece el principio superior y completo de la mutua solidaridad humana, fundado sobre la relación íntima y la unión indisoluble que existe entre el hombre y la humanidad. Esta relación y esta unión son tales, que nosotros no podemos hacer mal á nuestros semejantes sin hacer nuestro propio mal. La fórmula de la solidaridad debe ser entonces: «Amar á Dios en unos y

en otros. No separar á Dios de unas y otras criaturas. Dios no se manifiesta fuera del mundo. Nuestra vida no está separada de las vidas de los demás hombres.» Se realiza este principio de la solidaridad humana, añade Leroux, por la aplicación completa de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sobre todo de la igualdad.

En todas partes la *triada*: sensación, sentimiento, conocimiento; familia, patria, propiedad; libertad, igualdad, fraternidad. A propósito de la igualdad, combate este eminente publicista, en párrafos elocuentísimos de su obra, á los enemigos del progreso, que quieren mistificar ó interpretar de una manera falsa y mezquina aquel principio fundamental de la moderna democracia. El esfuerzo supremo de esos reaccionarios es restringir el principio de igualdad á la igualdad ante la ley; los más liberales llegan hasta consentir la igualdad en el orden político. Protesta Leroux enérgicamente contra esas adulteraciones, porque el verdadero axioma revolucionario no presenta la igualdad del ciudadano, sino la igualdad humana, como ley divina, anterior y superior á las demás leyes, y de la que todas deben derivar, como criterio de justicia, impuesto á nosotros con tanta autoridad y fuerza que constituye los fundamentos de nuestra organización política (*soberanía popular*), de nuestra organización económica (*libre-concurrencia*), de nuestra organización moral (*libertad de conciencia*), de nuestra organización social (*relaciones entre las distintas esferas de la vida humana*).

«Pero la igualdad no está admitida ni aceptada más que en principio. De hecho, ¡cuánto dista de verse completamente realizada!» Sería tarea demasiado extensa la de presentar aquí el cuadro de ejemplos que P. Leroux aduce con elocuente verdad en prueba de la contradicción, desorden y oposición que hay entre el hecho y el derecho en la sociedad actual. ¿Quién no lo conoce y sabe?

He ahí, pues, la causa del mal presente: la lucha eterna entre el principio de igualdad y su contrario, lo mismo en la humanidad que en el hombre. Desenvolviendo las ideas de este nuevo reformador, encontramos un dualismo en cada hombre, dos tendencias opuestas, dos aspiraciones distintas: pasado y porvenir.

Representa el pasado la tradición, el egoísmo, la servidumbre. Se refiere el porvenir á la razón, la solidaridad, la libertad. Allí la desigualdad; la igualdad aquí. «¿Qué principio, pregunta, triunfará y se realizará en la práctica? ¿La igualdad ó la desigualdad? Si es ésta, replégao pronto en la noche de los siglos trascurridos, antes de que este ideal se nos aparezca; si es aquella, marchemos entónces á su cumplimiento.

Tales son los principales pensamientos de P. Leroux, explicados en sus obras doctrinales y apoyados con multitud de citas entresacadas de la mitología y

de la historia antigua. Halla practicada la igualdad, ó por lo ménos marcada tendencia á la realización de este principio, en Creta por Minos, en Esparta por Licurgo, en Enotria por Italus, entre los judíos por Moisés, entre los cristianos por Jesús, en la India por Boudha. Siguiendo la tradición, en este sentido *triádico*, hay también en lo antiguo tres épocas que afirmaron la desigualdad en el mundo: primera, la *familia-casta*, en la que el hombre vale por su nacimiento (India, Egipto, Asiria y Persia); segunda, la *patria ó nación-casta*, por la que todos los derechos del hombre están subordinados á la cualidad de ciudadano (Grecia y Roma); tercera, la *propiedad-casta*, con la que el hombre es y significa, por sus tierras, sus casas ó castillos (Feudalismo). El *bourgeois* de hoy es la continuación directa é inmediata del señor antiguo y del noble de la Edad Media. El capital ó la renta vienen á ser ahora lo que ántes eran el nacimiento, la patria y la propiedad. Sobre estos temas desarrolla Leroux una notabilísima erudición, para después fundar mejor sus negaciones de la propiedad individual y del valor del trabajo particular en su relación con el trabajo colectivo.

Leroux es igualitario, y subordina á la idea de igualdad todas las demás que son como ella tan propias, tan naturales, tan legítimas del hombre; pero no establece los límites de las consecuencias legítimas é ilegítimas de la igualdad, aunque ya es mucho que las reconozca. Niega la propiedad; pero las distinciones tan sutiles y los esfuerzos artificiosos de un lenguaje especial para hacer comprensibles la familia, la nación y la propiedad humanitarias como organismos sustitutos de castas familiares, nacionales y propietarios, hacen sospechar que su espíritu vacilaba muchas veces ántes de caer definitivamente en el comunismo. El mismo conocía esto y quería evitarlo, como Proudhon conoció sus contradicciones y pretendía explicarlas por el método con que formulaba sus ideas. Tanto Leroux tenía conciencia del sentido comunista de su doctrina, que se vió obligado, por fin, á declarar que la comunidad podía ser un estado de disolución y como transitorio al período de organización superior. Aquí se nos presenta nuevamente la *triada*.

Es el hombre psicológicamente considerado uno y triple, sensación-sentimiento-conocimiento, indivisiblemente unidos; uno de estos términos puede predominar sobre los otros dos, ó dos sobre uno. De ahí nace la división de la especie ó raza humana en tres grandes clases: sabios (hombres de conocimiento); artistas (hombres de sentimiento); industriales (hombres de sensación). Se encuentra esta misma división en todos los tiempos y lugares; por ejemplo, en la India, brahmanes, guerreros, sudras; en el Egipto, sacerdotes, guerreros, trabajadores; Platon en la *Re-pública*, filósofos, guerreros, trabajadores. En nuestros días: sabios, artistas, industriales (San Simón);

sabios, capitalistas y obreros (Fourier); clase contemplativa, clase afectiva, clase activa (Comte)... Casi la misma division establecen todos los reformistas. Leroux condena el error de estos en constituer la sociedad con esta division en forma de castas, la cual es causa de subordinacion, opresion y desigualdad. Hay que hacer á todo trance la sociedad perfecta, dice, y para esto deben colocarse las tres clases sobre un mismo pié, la igualdad. El medio mejor y único de unirse íntimamente los hombres en todas las funciones de la vida social es agruparse de tres en tres; porque así como en todo ejercicio de la actividad humana hay el empleo de tres facultades esenciales, así hay necesidad de la reunion de tres individuos para que una funcion cualquiera se cumpla y llene lo más perfectamente que sea posible. Es, pues, la *triada* el elemento social del trabajo. Una reunion de triadas forma el taller. Toda funcion industrial, comercial, científica, artística, etc., da lugar á tres talleres. A disposicion de cada *triada* quedan los instrumentos de trabajo, capital, máquinas, útiles, etc. Cada hombre tiene derecho á la habitacion, alimentacion y al vestido; más claro, que tiene derecho á casa, comida y ropa. Todos y cada uno tienen derecho á participar de todas las ventajas de la sociedad. Todos y cada uno tienen el derecho y el deber de trabajar. Todos y cada uno tienen derecho á la propiedad. Esta es el derecho natural del hombre de usar de una cosa determinada en la forma y el modo que determinen las leyes. La sociedad, el medio colectivo, es el campo y el centro de trabajo donde cada hombre aplica ó practica su ciencia, ó emplea los instrumentos, ó transforma la materia. En todo medio de produccion, el medio social interviene en la entrega de los instrumentos de trabajo y de las primeras materias, á título de inspirador y á título de repartidor. La reparticion es el acto por el cual el poder administrativo preside la distribucion general de los productos y los instrumentos, sean éstos industriales, artísticos ó científicos. La forma de la retribucion á todos los funcionarios es tambien triple y una. A cada uno segun su capacidad; á cada uno segun su trabajo; á cada uno segun sus necesidades.

Todo esto es, como hemos dicho, puro comunismo. No nos detendremos más en combatirlo.

Réstanos decir que para Leroux ya no resuelve por completo la *triada* el problema social. La fórmula de solucion por él descubierta solamente es el *circulo*. Sirven para su estudio comparativo y para explicacion de su sistema la historia natural, la fisica, la química y la fisiología. Sobre esto y sobre la organizacion política y administrativa de la sociedad nada diremos; ¡qué compasion debe darnos ver á uno de los entendimientos más grandes del presente siglo caer desde lo alto de sus concepciones científicas al bajo de lo ridículo y absurdo!

Tambien éste, como los sistemas socialistas que dejamos expuestos, influyó determinadamente en la revolucion de Febrero. Más que del gobierno provisional y de la comision ejecutiva esperó Leroux de la Asamblea Constituyente el triunfo de su ideal. Ilusion pura; porque los diputados comprendieron desde un principio la mision política y social que el pueblo les confiara, y no habian de convertir la Cámara en un concilio que defíniese nuevos dogmas religiosos y morales, y crease nueva Iglesia sobre bases tales como la *triada* y el *circulo*.

(La continuacion en el próximo número.)

JOAQUIN MARTIN DE OLIÁS.

LA MUJER PROPIA.

LEYENDA DRAMÁTICA DEL SIGLO XVI.*

PARTE SEGUNDA.

EL PALACIO.

Despacho de Antonio Perez en el Real alcázar. A la derecha, puerta que comunica con las habitaciones del Rey, y otra á la izquierda, que da á las del Secretario: ambas en primer término. Gran puerta en el foro, entrada principal de la habitacion, por la cual se ve una galeria. Ventana practicable á la izquierda, segundo término, con vidriera y antepecho. A la derecha, enfrente de la ventana, un cuadro que gira sobre uno de los lados de su marco, y encubre una puerta secreta. Mesa de despacho á la izquierda: junto á ella, estante con papeles, carpelas, libros, etc., etc. Un péndulo; librerías, jarrones, pinturas, estatuas; todo, lo mismo que el mueblaje, de gran lujo y del mejor gusto. A la derecha, una campanilla de la cámara regia.

ESCENA PRIMERA.

PEREZ y VAZQUEZ. *Aquel, sentado á la mesa, hace apuntaciones, hojea y arregla papeles: éste se pasea por la habitacion.*

VAZQUEZ.

A vuestros ojos, la imágen de la envidia y de la saña.

PEREZ:

¿No erais mi rival?...

VAZQUEZ.

Véame

pobre, en edad avanzada yá para aguardar un cambio de fortuna; ambicionaba...

PEREZ.

El primer puesto.

VAZQUEZ.

El mejor:

el que me daba esperanzas

* Véanse los números 20, 21, 23 y 24, páginas 54, 84, 154 y 187.